

Pregón de Navidad 2011

**Manuel Verdú Moreno
Sacerdote**

Es Navidad...

Es navidad cada vez que sonríes a un hermano
y le tiendes la mano.

Es navidad cada vez que estás en silencio para escuchar al otro.

Es navidad cada vez que no aceptas aquellos
principios que destierran a los oprimidos
al margen de la sociedad.

Es navidad cada vez que esperas con aquellos que desesperan en la pobreza
física y espiritual.

Es navidad cada vez que reconoces con humildad
tus límites y tu debilidad.

Es navidad cada vez que permites al Señor renacer para darlo a los demás.

* * *

Permitidme comenzar este pregón con estas palabras de la Beata Madre Teresa de Calcuta, que tan bien supo encarnar el espíritu de la Navidad.

En primer lugar me gustaría saludar a D. Rafael Martínez Manda, párroco de esta iglesia de San Joaquín, que, tan generosamente, *la brinda para* la lectura de este Pregón de Navidad.

Al Ilustrísimo Sr. Alcalde de Cieza, D. Antonio Tamayo, y a toda la corporación municipal y concejales de los distintos partidos políticos, que puedan estar o no estar tarde entre nosotros. A todos un saludo y el deseo de que el Niño Dios aumente en vosotros el espíritu de servicio que debe caracterizar vuestra labor.

Saludo también cordial para la Sra. Presidenta de la Cofradía de Santa Verónica, Dña. Josefa García, y para todos y cada uno de sus miembros. A

Matías Ríos y a, mi gran amigo, Pascual López Salmerón, por haber pensado en mí para esta tarea de Pregonar la Navidad en Cieza.

Al Presidente, D. Joaquín Gómez, y a toda la Junta de Hermandades Pasionarias de Cieza mi afectuoso saludo y, sobre todo, mis felicitaciones por la reciente declaración de nuestra Semana Santa como de Interés Turístico Nacional. Esto sin duda es una alegría, pero también una mayor responsabilidad por conseguir, no solamente la calidad de los desfiles, sino la "caridad en los desfiles", es decir, seguir trabajando por hacer una Semana Santa para todos y donde todos puedan beneficiarse del mensaje de Amor Supremo que esas imágenes nos transmiten. De nuevo enhorabuena y que el Señor os acompañe en vuestra tarea.

Y por último un cariñoso saludo a mi familia, que son los artífices de todo cuanto soy, y a los miembros de mi comunidad parroquial del Sto. Cristo del Consuelo, que hoy me acompañan, y con los cuales comencé a entender el mensaje que hoy os quiero pregonar.

Paisanos y amigos todos.

Recuerdo bien, allá por el mes de octubre, un domingo por la tarde, que recibí la llamada de mi amigo Pascual, convocándome a una misteriosa reunión en su casa, donde, según él, tenía que asistir otra tercera persona, que resultó ser Matías Ríos, concejal del ayuntamiento de Cieza y miembro de la junta directiva de la Hermandad de la Verónica.

La extrañeza para mí de esta convocatoria se rompió cuando Matías me propuso, sin mucho preámbulo, ser el pregonero de la Navidad de Cieza, lo cual, por un momento, me dejó más sorprendido que la forma misma de la convocatoria.

No sé muy bien por qué, pero tras mi primer “estado de shock”, evidentemente acepté, sin quizá pensarlo mucho, pues uno a lo largo de su vida se va fijando criterios, normas de conducta y una de ellas es intentar estar siempre disponible para aquel que me necesite, más, si los que me piden algo son parte de mi mismo, como en este caso, donde se me pide que pregone la Navidad para mi querido pueblo de Cieza.

Tras la reunión y la propuesta, regresé al pueblo y parroquia a la que sirvo actualmente, San José de Sangonera la Seca, y de camino fui “rumiando” la idea de ser pregonero de la navidad. Comenzaron a venirme a la memoria tantas y tantas navidades que forman parte de mi recuerdo y que han hecho que estas fechas den sentido a gran parte de lo que soy.

Tirando de esos recuerdos, conseguí remontarme hasta el momento más esperado por todos los niños en la Navidad, el día de los Reyes Magos, cuando tras recibir a sus emisarios unos días antes en la Plaza de España, todos ansiamos el despertar de ese día mágico, cuando en algún lugar de nuestra casa habían depositado el presente que nos merecíamos. Y me vi niño, cargado de ilusión e inocencia, pero que comenzaba a comprender que para mi familia estos días eran algo distinto al resto de los días ¿por qué?

¿Y los días previos? Cuando las madres hacían la limpieza a fondo, y cuando en las casas se buscaba el mejor sitio para ubicar aquel pino engalanado con muchas cintas y luces de colores. Cuando me perdía por los terraplenes de la ermita buscando tierra, piedras o alguna cosa que me sirviera para montar aquel Belén humilde, pero rebosante de entusiasmo y de oración contemplativa. Uno imaginaba la escena para saber cómo poner a los pastores cuando el ángel les anunció la Buena Nueva, o como sería su camino para llegar al lugar donde nacería la Esperanza, y como sería este lugar, donde Dios mismo quiso mostrar al mundo el amor que brota desde el cielo eterno. Todos

esos momentos hicieron, aun yo sin saberlo que me adentrara en lo profundo del Misterio de Dios. Todos estos instantes fueron momentos de Dios, momentos en los que Dios salía a mi encuentro; y es que siempre he creído, creo y creeré, que Dios se sirve de múltiples instantes, acontecimientos y personas para hacerse presente en nuestra vida y revelarnos lo que espera de cada uno. No digo yo que en aquel preciso instante fuera consciente de esto pero ahora el tiempo y la experiencia me ayudan a reconocer la huella de Dios en mi vida.

También recuerdo, con especial cariño, los momentos en la parroquia, en la ermita del Sto. Cristo, cuando nos faltaban horas del día para preparar celebraciones, cantos, adornos, representaciones... E incluso en más de una ocasión salíamos, por las calles y el mercado con el propósito de felicitar la Navidad a todos y, porque no decirlo, mover los corazones y el bolsillo en beneficio de los niños pobres, que nuestras hermanas de la ermita atendían en las misiones.

¿Y todo esto para qué? Para que tanto ajetreo, para que tanto esfuerzo, para que... Sin duda esta pregunta puede surgir cuando uno lo mira todo desde fuera, desde otros respetables criterios. Pero, en aquellos momentos, su formulación lejos estaba del pensamiento de todos cuantos nos embarcábamos en estos quehaceres y mucho más lejos de nuestro corazón. Nosotros lo único que sabíamos es que llegaba la Navidad, que no eran unas fiestas cualquiera, que cada vez llegaba de una manera nueva y que algo grande iba a pasar ese año. Nosotros experimentábamos que toda la ilusión y el empeño en la preparación se veía recompensando en la alegría que nos hacía sentir y, en la esperanza con la que nos inundaba y queríamos transmitir. Todo el mundo debía conocer el mensaje de la Navidad y en esa tarea nos afanábamos.

Cuando me puse a rezar y reflexionar el sentido de este pregón, fue, en primer lugar, cuando comencé a ponerme un poco nervioso por la gran tarea que se me encomendaba y a la que tan “alegremente” había dicho Si; y, en segundo lugar, cuando me surgieron algunas dudas sobre el significado de la palabra “pregón”.

Pues bien según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española significa, en su primera entrada: *“promulgación o publicación que en voz alta se hace en los sitios públicos de algo que conviene que todos sepan”*.

Y continuando con mi afán investigador (bueno la verdad, más por curiosidad), me asomé al significado de la palabra Navidad, y el resultado fue: *“Natividad de Nuestro Señor Jesucristo”*.

Por lo tanto amigos, hoy delante de tan ilustre auditorio alzo mi voz para anunciaros lleno de gozo que Dios se ha hecho hombre, ha venido a habitar entre nosotros. Dios no está lejano: está cerca, más aún, es el "Emmanuel", el Dios-con-nosotros. No es un desconocido: tiene un rostro, el de Jesús.

Hagamos un esfuerzo ahora, comparemos la sociedad en la que nació y vivió Jesús y la sociedad en la que vivimos nosotros. Ciertamente hemos mejorado mucho, vivimos mejor, con más posibilidad, más conectados y comunicados. Pero nuestra esperanza ¿ha cambiado mucho? Nuestra espera del Mesías ¿se distingue mucho de la de antaño?

Dice el papa Benedicto XVI: *“La luz de esta verdad se manifiesta a quien la acoge con fe, porque es un misterio de amor. Sólo los que se abren al amor son cubiertos por la luz de la Navidad. Así fue en la noche de Belén, y así también es hoy. La encarnación del Hijo de Dios es un acontecimiento que ha ocurrido en la historia, pero que al mismo tiempo la supera. En la noche del mundo se enciende una nueva luz, que se deja ver por los ojos sencillos de la fe, del corazón manso y*

humilde de quien espera al Salvador. Si la verdad fuera sólo una fórmula matemática, en cierto sentido se impondría por sí misma. Pero si la Verdad es Amor, pide la fe, el 'sí' de nuestro corazón”.

Y, en efecto, ¿qué busca nuestro corazón si no una Verdad que sea Amor? La busca el niño, con sus preguntas tan desarmantes y estimulantes; la busca el joven, necesitado de encontrar el sentido profundo de la propia vida; la busca el hombre y la mujer en su madurez, para orientar y apoyar el compromiso en la familia y en el trabajo; la busca la persona anciana, para dar cumplimiento a la existencia terrenal.

Y en la Navidad celebramos que en esta búsqueda del ser humano Dios sale a nuestro encuentro. Él es el que se da a conocer, Él es el que nos envuelve con su gracia, Él es el que no revela su Amor. Él es el que revestido de niño, derrama su gracia sobre nosotros.

Eso es lo que puedo anunciaros hoy, que la gracia de Dios, la cercanía de Dios, no está escondida, se ha aparecido, se ha mostrado en la carne, ha mostrado su rostro. Por eso **la Navidad es fiesta de luz**, pero no una luz radiante que ciega o encandila, sino una claridad que se hace en la noche y que avanza disipando oscuridades, haciéndonos entender el sentido de nuestra existencia y de la historia. Dios ha venido y ha venido para todos los hombres. Es cierto que a muchos les cuesta entender que el Mesías de sus vidas, fuera a nacer en pobreza, en un portal allá en Belén. O que este niño viniera a transmitir un mensaje de amor de parte de Dios para su corazón. Hay a muchos que les cuesta entender que para amarnos Él respeta nuestra libertad.

Pero Dios ha venido para todos, su gracia no está reservada para unos pocos sino que busca a todos. Solo pide de nosotros que sepamos acogerlo,

que digamos Sí como María y, así dejemos, que nuestro corazón se vea iluminado por el rayo de su claridad.

La Navidad es esto: acontecimiento histórico y misterio de amor, que desde hace más de dos mil años interpela a los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar. Es el día en el que brilla la luz de Cristo, portadora de la paz. Pero, ciertamente, para reconocerla, para acogerla se necesita fe, se necesita humildad. La humildad de María, que ha creído en la palabra del Señor, y que fue la primera que, inclinada ante el pesebre, adoró el Fruto de su vientre; la humildad de José, hombre justo, que tuvo la valentía de la fe y prefirió obedecer a Dios antes que proteger su propia reputación; la humildad de los pastores, de los pobres y anónimos pastores, que acogieron el anuncio del mensajero celestial y se apresuraron a ir a la gruta, donde encontraron al niño recién nacido y, llenos de asombro, lo adoraron alabando a Dios.

Hoy Dios busca de nuevo hombres y mujeres que estén listos para abrirles las puertas del corazón, dispuestos a acoger su luz y su paz, y colaborar en su transmisión. Hombres y mujeres, que en la noche de la duda y la incertidumbre, velen con el corazón despierto y orante, y que ante la aurora del nuevo día mantengan encendida la llama de la fe y de la esperanza. Hombres y mujeres que escuchen la Palabra y se dejen envolver por su amor fascinante.

Queridos amigos, nos ha amanecido un día de gran Esperanza para el hombre y para el mundo: hoy anunciamos que el Salvador de la humanidad ha nacido. Hoy alzo mi voz, dirigida a un mundo que, más que en crisis de fe, como piensan algunos, padece una crisis profunda de Esperanza. Alzo mi voz dirigida al hombre del tercer milenio, a aquel que ha sido capaz de alcanzar la Luna y Marte, y se dispone a conquistar el universo. Alzo mi voz dirigida al hombre que investiga los límites secretos de la naturaleza y es capaz de descifrar sus más preciados secretos. Alzo mi voz al hombre que ha conseguido la comunicación inmediata entre miles de personas, haciendo que el mundo

parezca pequeño. Alzo mi voz al hombre, artífice autosuficiente y seguro de su propia suerte, que se presenta como productor entusiasta de éxitos indiscutibles. Pero sobre todo alzo mi voz al hombre que intenta presentar a sus semejantes una esperanza secularizada, basada en las propias fuerzas de la razón humana. Pero una razón incapaz de convivir con ideas o esquemas que escapen más allá de ella misma.

Pero ¿Cómo es posible contemplar el ritmo de la historia y comprobar que el hombre es capaz de los más grandes adelantos y a la vez de la mayores injusticias? Se muere todavía de hambre y de sed, de enfermedad y de pobreza en este tiempo de abundancia y de consumismo desenfrenado. Todavía hay quienes están esclavizados, explotados y ofendidos en su dignidad, quienes son víctimas del odio radical y religioso, y se ven impedidos de profesar libremente su fe por intolerancias y discriminaciones, por injerencias políticas y coacciones físicas o morales. Hay quienes ven su cuerpo y el de los propios seres queridos destrozados por el uso de las armas, por el terrorismo y por cualquier tipo de violencia en una época en que se invoca y proclama por doquier el progreso, la solidaridad y la paz para todos.

Hoy también nuestro Salvador ha nacido en el mundo porque sabe que lo necesitamos. A pesar de tantas formas de progreso, el ser humano es el mismo de siempre: una libertad tensa entre bien y mal, entre vida y muerte. Y es precisamente en la intimidad de su corazón donde necesita ser salvado. En la época actual necesita más que nunca un Salvador, porque la sociedad en la que vive se ha vuelto más compleja y se han hecho más insidiosas las amenazas para su integridad personal y moral.

Los avances de la técnica y de la ciencia, plantean al hombre de hoy nuevos retos para su libertad. Tiene que tomar nuevas decisiones que no le vienen dadas por épocas pasadas, sino, como dice el Papa Benedicto XVI, la libertad presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada

generación, tenga un nuevo inicio. Su libertad al hombre de hoy lo sitúa ante la encrucijada de observar como punto de partida las experiencias heredadas del pasado o por el contrario rechazarlo, por no encontrar en ellas respuestas a la realidad del mundo en el que vive, que es distinto al que vivieron sus mayores. Pero no debe olvidar que el tesoro moral de la humanidad existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella. Debemos intentar construir un mundo de paz, pero sin la pretensión de que las estructuras que utilicemos para ello sean la fundamentación de la esperanza de la humanidad. El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior, ni por la ciencia ni por la técnica, ni por el propio hombre en el uso de su razón. El hombre sólo es redimido por el amor. Pero no un amor frágil condicionado por el dolor, el sufrimiento o la muerte, sino un amor que haga al hombre decir con San Pablo (Rm 8,38-39): *"Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro"*. Si existe este amor verdadero, entonces el hombre es redimido, suceda lo que suceda en su caso particular.

El Papa Benedicto XVI en su encíclica *Spe Salvi*, *Salvados por la Esperanza*, nos ofrece el testimonio de Josefina Bakhita, una mujer africana, garante de lo que significa encontrar la Esperanza de la Vida. "Nació aproximadamente en 1869, ni ella misma sabía la fecha exacta, en Darfur, Sudán. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar; como consecuencia de ello le quedaron 144 cicatrices para el resto de su vida. Por fin, en 1882 fue comprada por un mercader para un cónsul italiano, y fue a vivir a Italia. Allí, después de los terribles dueños de los que había sido propiedad hasta aquel momento, Bakhita llegó a conocer un "dueño" totalmente diferente, al Dios vivo, el Dios de Jesucristo. Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en

el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un dueño por encima de todos los dueños, el Señor de los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aun, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el dueño supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba a la derecha de Dios Padre. En este momento tuvo esperanza; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue "redimida", ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Más tarde recibió el Bautismo, la Confirmación y la Primera Comunión, y dedicó toda su vida a extender este mensaje de liberación a todos. La esperanza que en ella había nacido y la había "redimido" no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a mucho, llegar a todos.

Amigos, ¿por qué apoyamos nuestra vida, por qué fundamentamos nuestra esperanza, tantas veces, en todo aquello caduco que a la larga desaparece y muere? En la actualidad ni la sociedad del bienestar, ni el dinero, ni el trabajo, y desgraciadamente ni la familia mantienen la esperanza del hombre. Hoy son, cada vez más, las personas que se acercan a las puertas de nuestras Iglesias, a las puertas de nuestras Cáritas, solos, abandonados y perdidos por aquellos que les alentaban en pos de un inseguro reino redentor. Y cuando la propia libertad hace que esos pilares se rompan, no me preocupa donde quede el castillo levantado, sino ¿dónde queda el hombre? ¿Entre que casquetes sepultada ha quedado su esperanza?

Nosotros necesitamos tener esperanzas, más grandes o más pequeñas, que día a día nos mantengan en camino, pero quien no conoce a Dios, aunque

tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin ella, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf Ef 2, 12). Y la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Jesús, ese niño al que en estas fiestas adoraremos con verdadero amor, dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos vida y la tengamos en abundancia. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es realmente vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces vivimos.

Pronto va a hacer dos años desde que nuestro obispo D. José Manuel Lorca, me nombrase Delegado Diocesano de Pastoral Juvenil, con el encargo entonces de preparar la Diócesis para la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, que se celebró el pasado mes de agosto en Madrid. Destaco en este pregón este encuentro por haberse convertido en referente de esperanza para nuestra Iglesia y para la sociedad, que por unos motivos u otros siguió de cerca el transcurso de estos días, Fiesta de los Jóvenes. Cerca de dos millones de jóvenes, llamaron la atención de todos, para hacernos comprender que las esperanzas con la que conviven cada día parecen que lo llenan totalmente y que no necesitan ninguna otra, el amor de su chico o chica, el esfuerzo por alcanzar la profesión deseada, pero que en realidad ellos necesitan encontrar algo más. Que son buscadores de aquella fuente de eterna esperanza de la que brota la paz y la vida, y que solamente en Cristo pueden encontrar.

Estos jóvenes hicieron silencio ante la presencia de Jesús, en la Adoración Eucarística, en Cuatro Vientos, o antes las palabras llenas de sabiduría y verdad, que el Papa les dirigía.

En estos jóvenes existen signos de esperanza válidos para todos. La JMJ fue una sacudida de regeneración. Los jóvenes que acompañaron al Papa en Madrid, dialogando e intercambiando experiencias de verdadera humanidad, sin imposiciones verbales y menos violentas, hicieron de la capital de España la Capital mundial de la esperanza.

En Madrid se ha encontrado una juventud consciente de sus problemas, deseosa de intercambiar experiencias, de escuchar respuestas a las cuestiones que les preocupan, de profundizar en la búsqueda de proyectos de vida, valiente en sus análisis, esperanzada a pesar de los preocupantes signos de los tiempos. Pero sobre todo jóvenes, capaces de responder con entusiasmo a la exhortación que el papa les hacía: *"El mundo necesita el testimonio de vuestra fe... ¡No se puede seguir a Jesús en solitario! No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe"*.

Queridos amigos, nuestro pueblo de Cieza con sus gentes y tradiciones, siempre ha sabido salvaguardar este mensaje de esperanza que la Navidad nos trae. Son días de familia, de amigos, de alegría, días de dulces, de turrone y villancicos, días de pastores y belenes, días en los que surgen los deseos de la solidaridad, de acordarnos de los que más lo necesitan y para los que también es Navidad. Pero, no podemos negar la realidad, también son días de consumo exagerado, de despilfarro y de excesos. Pero a pesar de todo, con nuestras luces y nuestras sombras hermanos vuelve a ser Navidad.

Volvamos a prepararnos para que Dios hoy nazca en nuestro corazón, y para que su presencia nos mueva a arraigar nuestra vida en su Palabra y

caminar siempre firmes en la fe (Col 2, 7). Sigamos potenciando nuestras costumbres, acerquemos a nuestros niños, a que puedan conocer la historia del Nacimiento de Jesús en la contemplación de los maravillosos belenes que muchas asociaciones, parroquias, hermandades y familias preparan, posibilitando la cercanía de los que los visitan al Misterio de la Navidad. No cerremos, como aquella Noche Santa, las puertas de nuestro pueblo, al que llame buscando un lugar donde habitar, a tantos hombres y mujeres que se ven obligados a abandonar su tierra en búsqueda de un futuro mejor. Amigos ¡abrid las puertas el que viene siempre es Cristo!

Y por último amigos, paisanos, rezad, hablad con Jesús. Hacerle partícipes de vuestras inquietudes, confiad a Él vuestros proyectos, entablad una relación de amistad con Aquel que nunca os va a fallar. Postraos por un instante, en estos días, delante de Jesús y contemplad que ese Niño sería aquel que trajera luz, y que muriera en cruz por ti y por mí. Experimentad que con solo sonreír es capaz de sanar, de llenarte de amor y de envolverte en su paz.

Amigos y paisanos, que en estas fiestas el Señor os bendiga y os guarde, os muestre su rostro y tenga misericordia de vosotros. Vuelva a vosotros su rostro y os conceda la paz.

El Señor os bendiga. Feliz Navidad

Manuel Verdú Moreno
Sacerdote